el Hijo de Dios, que la primera ni segunda vez no le daba respuesta su Eterno Padre, acudió á la tercera; y repitiendo la misma oracion con grande amor y confianza dijo. Padre, si eres servido, pase de mi este Caliz mas no se cumpla mi voluntad, sino la tuya.

(Luc. 21, n. 42.)

Ponderar que la causa porque e. Padre Eterno dilató tanto oir la oracion de su Santísimo Hijo, fué para darte á entender la grande necesidad que tú y todos teniamos de la Pasion y Muerte de su Hijo benditísimo. Sacarás de aquí lo primero, deseos de no quejarte ni enfadarte cuando orares, de que no te oye Dios, que sí te oye. Porque si à Cristo nuestro Señor, que merecia ser oido á primera palabra, no le dan respuesta hasta que ora tercera vez; que mucho te la dilate á tí, que por ser tan gran pecador, no mereces ser oido? Lo segundo, sacarás, que muchas veces no te quiere Dios dar el consuelo en la oracion, ni remediar tu necesidad, para que conozcas y eches de ver la que tienes de acudir á él con paciencia y perseverancia.

MEDITACION XXXIV.

De la aparicion del Angel y sudor de sangre.

Punto primero. — Considerar que el Eterno Padre, viendo á su Santísimo Hijo en tanta afliccion y congoja, que segun la voluntad de la parte inferior, rehusaba su carne ben ditisima el padecer y morir, le envió un Angel del Cielo para que le confortase y esforzase, y le propusiese la gloria que á Dios resultaria, y el beneficio que haria á todo el Linage Humano por medio de su Pasion, y que por aquel abatimiento y tormento de la Cruz, su nombre seria ensalzado y adorado de toda criatura.

Ponderar que aquel Señor de todos los Angeles (como si estuviera olvidado de su Divina Magestad) quiso ser confortado de uno de sus criados; y siendo fortaleza del Padre, y el que con su poder rige y sustenta el mundo, recibir alivio y consuelo de un Angel, por haberse hecho, cuanto de la naturaleza humana, inferior á los Angeles. (Ps. 5, n. 9.) Saca de aquí, que el oficio de los Angeles es asistir á los que oran; para consolarles, animarlos, y para presentar á Dios sus oraciones; porque cuando se hacen como se debe. tienen su efecto, pues Dios nos libra de la tribulacion cuando se lo suplicamos, y nos da fuerza para sufriria, y llevarla con paciencia y alegria; y cree, que este consuelo y provecho sacarás en tus penas y aflicciones, si acudieres en ellas á la oracion, como Dios nuestro Señor le tuvo en las suyas.

Punto segundo. — Considerar que orando el Hijo de Dios con mas afecto y fuerza, creció tanto la congoja, temor y tristeza de la muerte que le esperaba, y de los muchos tormentos que en ella habia de pasar, que vino reventar y verter por todo su cuerpo un sudor de sangre tan copioso, que corrió hasta la tierra.

Ponderar lo primero, la grandeza de los dolores de Cristo, pues si sola la representacion de ellos hizo un efecto tan nuevo, y tan estraño en aquel Señor, que es la virtud y fortaleza de Dios, qué seria el padecerlos? (Luc. 2, n. 14.) Lo segundo, ponderar el ejemplo que te da este Señor, de luchar contra tus pasiones, apetitos, y malas inclinaciones, resistiéndolas todas valerosamente, hasta derramar la sangre, si necesario fuera, para vencerlas. De aquí sacarás deseos de luchar contra ellas, poniendo delante de los ojos todas las causas que te causen temor v espanto en el camino de la virtud, en el cumplimiento de la Divina voluntad, ahora sea temor de pobreza, deshonra, enfermedad. dolor, ó cualquiera otra dificultad, y así saldrás con victoria de ellas.

Punto tercero. — Considerar la inmensidad del amor de Cristo nuestro Señor, y liberalidad grande que muestra en derramar de su voluntad su sangre por tí, no queriendo esperar á que los verdugos se la sacasen con los azotes, espinas y clavos; sino que antes de esto quiere, que su imaginación y santo zelo sean sus atormentadores, sus azotes y espinas. Ponderar cuán grande seria la congoja de este Señor por la aprensión de todos los tormentos que habia de padecer en cada parte de su cuerpo, pues rue pastante á sufrir y reventar la sangre por su rostro, cuello,

pecho, y espaldas, quedando todo él empapado y teñido en ella. Saca de aquí deseos de que todas las partes y miembros de tu nuerpo se conviertan en lenguas para alabar el amor y misericordia de tu Dios, y en ojos para llorar lágrimas de sangre por tus peados; y en manos para tomar venganza y pastigo de tu carne con duras y asperas penilencias; pues ella fue la causa de que en aquella hora padeciese tu Salvador espiritualmente de tropel y por junto lo que despues habia de padecer en diferentes horas.

Punto cuarto. — Considerar el ánimo y el esfuerzo que la carne Santísima de Cristo sacó de la oracion, para acometer á los muchos trabajos de su Pasion, fortaleciéndola para emprender lo que antes naturalmente aborrecia y huia, que era la muerte.

Ponderar, que la causa de este esfuerzo y valor que aquí mostró este Señor, entre otras fueron dos: La primera, ver que con su muerte (como principal Caudillo y Cabeza nuestra), sanaba todas las mortales heridas y llagas que padece el Cuerpo, místico de su Iglesia que son los Fieles. La segunda, para dar esfuerzo, valor, y brio á sus escogidos, para vencer y rendir á sus enemigos espirituales, y corporales, padeciendo por él, y por su honra y gloria, trabajos, persecuciones, afrentas tormentos, cruz y muerte, como lo hicieron un San Pedro, San Pablo, Andres, Esteban y Lorenzo, y otros muchos, imitando, como buenos Soldados, á su valeros?

Capitan, que fue delante de ellos, dándoles grandes ejemplos de sufrimiento y paciencia. De aqui puedes sacar deseos de amarle, como buen Soldado de Cristo, con las armas de la oracion, que son armas de luz, para que en todos tus trabajos puedas pelear y salir con victoria de tus enemigos, Mundo, Demonio y Carne.

MEDITACION XXXV.

De la venida de Judás y maltratamiento del Señor.

Punto primero. — Considerar, como acabada la oracion llegó aquel falso amigo Judás con un Escuadron de gente armada, hecho Adalid y Capitan suyo, para prender á Cristo nuestro Señor. (Matth. 46, n. 67.)

Ponderar à qué estremo de males llegó este miserable, por no resistir á los principios de su codicia. Y qué otra cosa se puede aguardar de tí, si no resistes á las tuyas, atento, que no tienes tales, ni tan buenos aparejos para la virtud, como los tenia este, pues no aprendes en tal escuela, no ves tales milagros, no conversas con tal Maestro, ni con tales Discipulos? Y todo esto no fue causa para reprimir á este desdichado Apóstol, y detenerle para que no cayese, como otro Lucifer, del mas alto estado de la Iglesia, en el mas profundo abismo de maldad, como era ser el primer conjurado en la muerte de Cristo. Saca de todo esto un gran temor de los juicios de Iños, sublicándole no te desampare, porque no llegue tu maldad á tanto, que del bien saques mal.

Punto segundo. — Considerar que la señal que habia dado este traidor á los Ministros de Satanás para entregar á su Maestro, fue decirles: Mirad que al que yo besare, ese es, tenedle fuertemente. (Matth. 16, n. 18.)

Ponderar como con ningun otro cebo ha bian de armar lazos al Maestro de la vida sus enemigos sino con señal de amor, aceptando este cruel beso, para quebrantar con la aulzura de su mansedumbre la dureza de aquel rebelde y obstinado corazon. De aquí sacarás gran confianza en la misericordia de este Señor, que no desechará tu osculo, ni de los pecadores que desean reconciliarse con el, y cobrar la amistad perdida, pues no desechó el beso del que tan vilmente le vendia como Judás.

Punto tercero. — Considerar como salió Jesucristo nuestro Señor al encuentro á aquellos Ministros de Justicia, y preguntándoles: 4A quien buscais? Ellos respondieron: A lesus Nazareno. Y el Señor les dijo: Yo soy: [Joan. 18, n. 4.]

Ponderar lo primero. Aquella palabra de Cristo: ¿A quien buscais? Como si dijera: Advertid, hombres, que buscais à un hombre susto é inocente, que à todos hace bien, y à nadie mal. Buscais al que bajó del Cieto al suelo por vuestra salud, y le buscais par a quitarle la vida. Saca de aquí, deseos de buscor à este Señor, pero de diferente manera; esto

es, para tu salud y remedio y para su honra y gloria, y confian, que buscándole de esta suerte, le has de hallar, y hallándole, poseerle y gozarle.

Ponderar lo segundo, aquella palabra: Yo soy, que para los buenos Discípulos fue de tanto consuelo en su trabajo, y para los malos de tanto terror y espanto, que fue bastante á dar con ellos en tierra, y no se levantaron si el mismo Señor, que con una palabra sola los habia derribado, no les diera licencia para levantarse. Saca de aqui deseos dibuscar á Dios: y advierte, que para los buenos que le buscan en la oracion, es Padre Protector, descanso, y alegría; pero para los malos que le buscan para ofenderle y darle muerte, es Juez, que les ha de juzgar y condenar; y finalmente, él es el que es para su daño y desventura.

Punto cuarto. — Considerar como habida licencia de Cristo nuestro Bien, fue entregado aquel mansísimo Señor, é inocentísimo Cordero á los lobos hambrientos y á los Príncipes de las tinieblas, que son los demonios para que por medio de sus siervos y ministros ejecutasen en él todos los tormentos crueldades que quisiesen no con escepcio de la vida como fue entregado el Santo Joseppoder de Satanás; mas para que sin limitacion alguna de vida ni de muerte, empleasen su rabia contra aquella Santísima Humanidad.

Ponderar la descortesia y atrevimiento de

estas inhumanas fieras, pues se emplearon en injuriar y atormentar al Hijo de Dios, de quien tantos y tan infinitos beneficios habian recibido, y á quien poco antes juzgaban por digno de suma honra. Pero olvidados de todo esto unos le daban bofetadas en su Divino Rostro: otros golpes y puñadas; otros tiraban de sus Cabellos y venerable Barba. (Matth. 26, n. 20.) De aqui puedes sacar vergüenza y confusion de haberte atrevido á hacer otro tante como estos traidores hicieron poniendo tus sacrilegas manos en tu Señor y Salvador, ya que no esteriormente, á lo menos con tus muchos pecados y malas obras, persiguiéndole con ellos, y maltratándole como sus enemigos lo hicieron, no una vez como ellos, sino muchas.

MEDITACION XXXVI.

Del prendimiento de Cristo Nuestro Señor.

Punto primero. — Considerar que siendo este Señor la misma inocencia fue tenido y tratado como ladron, como á tal vinieron á prenderle sus enemigos con sogas, lazos, espadas, y lanzas, á los cuales dió Jesucristo poder sobre su Cuerpo para que le acoceasen y atormentasen á su voluntad. (Luc. 18, n. 4.)

Ponderar la estrema humildad de este Señor, y como está debajo de los pies de los hombres pecadores el que tiene su asiento y silla sobre los Seráfines, como está hollado y acoceado como ladron el que espejo de ino-

cencia, y Cordero sin mancilla: admírate de una tan rara humillacion como lo fue, no solo arrojarse este gran Dios á los pies de sus Apóstoles y de Judas para lavárselos y besarselos, sino de ver que este traidor con su maldito escuadron ponga sobre Jesus tu Salvador sus abominables pies, para pisarle, hollarle y acocearle. Saca de aquí deseos de rendirte y humillarte á los menores que tú, pues ves á Cristo tu Salvador tan humilde y manso recíbiendo tales afrentas y descortesias de quién, y por quién.

Punto segundo. — Considerar como aquel escuadron de Soldados, despues de haber herido y maltratado á Cristo nuestro Señor, atándole las manos por las muñecas con fuertes cordeles, como á ladron, le llevaron preso á casa del Pontífice Anás. (Joann. 18, n. 12 y 13.)

Ponderar cuán lejos estaba este Señor de ser ladron, y robar de lo ageno, quien daba por tu bien todo lo que tenia por propio; y sí es ser ladron robar los corazones y sacar las almas del poder de Satanás, como lo hizo siempre, sacarás de aquí deseos de que este Señor robe la tuya, y todo cuanto tienes y posees, diciéndole: Atad. Señor, mis manos con cuerda de amor, para que mis obras sean buenas. Atad mi memoria, para que no se olvide de tantas mercedes y beneficios, como cada dia me habeis hecho. Atad mis ojos, para que no vean cosas ilicitas. Atad mi lengua, para que no parle, ni murmure del prójimo. Mis

ptes, para que solo caminen por las sendas de vuestros Divinos Mandamientos. Finalmente, atad Señor, á todo este hombre con todos sus sentidos, y potencias para todo lo que es culpa, y soltadle para todo lo que es virtud.

Punto tercero. — Considerar que viendo os Apóstoles preso y atado su Señor y Maesro, todos llenos de temor y miedo, huyeron y le desampararon. (Matth. 27, n. 56.)

Ponderar como Dios nuestro Señor en este paso es solo, y dejado de sus caros amigos, v cercado de sus enemigos: bien acompañado en la cena, y en el tiempo de la prosperidad, pero desamparado en el de la adversidad. De aqui puedes sacar vergüenza y confusion, por haber desamparado y dejado tantas veces á tu Padre, Señor y Maestro, y apartadote de hacer su santa voluntad por cumplir la tuya, que siendo su Magestad desamparado de su Padre y de sus Discípulos, te dará raro ejemplo de paciencia, para que cuando tú te veas desamparado, y dejado de los suyos, lo sufras, que no es mucho pase el Discípulo por donde pasó su Maestro, pidiéndole, que pues es amigo fiel v verdadero, nunca te desampare, aunque todos te dejen, y en especial en la hora de la muerte

Punto cuarto. — Considerar, quien es este Señor, en quien tantas descortesías se ejecu tan, y quién es el que tan malos tratamientos recibe, y de quién.

Ponderar lo primero, que este Señor es e Verbo del Padre, la Sabiduría eterna, la Virtud infinita, la Bondad suma, la Gloria verdadera, y Fuente clara de toda hermosura. Este Señor es el preso, el atado, y el abofeteado, y el acoceado, y el que es tratado con tanta inhumanidad.

Ponderar lo segundo, el sentimiento tan grande que tendria este Señor de verse tan maltratado de una gente de tan poco conocimiento, que por los beneficios que les habia hecho, recibia maleficios. Y si así sentia tu Dios ser tratado de sus enemigos, com sentiria el serlo de sus amigos, viéndose solo y en tal afliccion, habiéndole uno de ellos vendido, otro negado, y todos dejado. Saca de aquí deseo de ser verdadero Discípulo de este Señor, y procura no dejarle, sino acompañarle y seguirle hasta la Cruz, para que así goces de él en su Gloria.

MEDITACION XXXVII.

De la presentacion de Cristo ante el Pontifice Anas.

Punto primero. — Considerar lo que tu Dios y Señor padeció en aquel largo camino que le hicieron hacer desde el Huerto, hasta la casa de Anás, al cual llevaron sus enemigos, dándole golpes y empellones, haciéndole ir de priesa medio corriendo y tropezando como en semejantes casos suele acontecer á los que van como ladrones y facinerosos maniatados.

Ponderar la mansedumbre y silencio con que el Señor sufria y padecia sin culpa tantas descortesias, pues nunca la tuvo ni la pudo tener, aunque sus enemigos fingian que la tenia, atormentándole como á culpado. Sacarás de aquí deseos de imitar el ejemplo de este Señor en callar y en padecer cuando se teofreciere, ocasion te dieren, pues no es mucho que teniendo tantas culpas y pecados, sufras y calles por amor de Dios, el cual careciendo de ellos te dió tan grande ejemplo de paciencia y sufrimiento.

Puntosegundo. - Considerar cuando entraron aquellos malos Ministros por la Ciudal con el Salvador, qué gritos darian, pregonando la presa que llevaban. Ponderar cuán diferente entrada fue esta en Jerusalen, de la que hizo este Señor el dia de Ramos, pues en aquella iban muchos con palmas en las manos, en señal de la victoria que habia alcanzado; en estaiban con espadas y lanzas en señal de la suya. En aquella levantaban todos la voz para alabarle diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: En esta levantaban el grito para afrentarle diciéndole milinjurias. Eu aquella tendian sus ropas por el suelo para que pasase y las pisase, en esta tiraban de sus vestiduras, y se las rasgaban y quitaban, y aun de sus barbas y cabellos tiraban: De aquí puedes sacar en todas las cosas una igualdad de ánimo, y conformidad con la Divina voluntad, acordándote en el tiempo de la prosperidad, de la adversidad, y en el de la honra, de la deshonra; y en le dia bueno, del malo; puses cosa clara, que á un rato de placer se le han de seguir muchos de pesar.

Punto tercero. — Considerar cuáles irian aquellos Sacrosantos pies de tu Divino Salvador todos llenos de sangre, y desollados con los tropezones y pisadas que le darian en ellos aquellos infernales Ministros

Ponderar lo primero, cómo comienzan á pagar estos Divinos Pies los pecados que han cometido los tuyos en los caminos apresurados y torcidos por donde han caminado á cumplir por tus antojos: el segundo, el espíritu y afecto con que N. Señor iba por aquel camino, y las virtudes que ejercitó de humildad y paciencia, ofreciendo á su Eterno Padre aquellos pasos trabajosos, en satisfaccion de los que tú das para ofenderle. Y sacando de aquí deseos de agradecimiento á tal Señor que tales pasos dió por tu salud y remedio, le suplica te dé gracia, para que endereces todos los tuyos en su santo servicio, y en la guarda de su santa Ley y Mandamientos.

Punto cuarto. — Considerar, la manera y modo con que seria tu Salvador recibido, cuando llegase ya al Palacio del Pontífice Anás, y le pusiesen en su presencia, y en la de dos Letrados de la Ley. Con qué arrogancia comenzarian á examinar á Cristo questro Señor, teniendo á su Magestad en pie como reo, estando ellos sentados como Jueces, con insignias y borlas de Doctores, y el Maestro del Cielo maniatado y preso

como si fuera ladron, y malhechor. (Luc. 2,

Ponderar cuán diferentemente está Dios nuestro Señor ahora en medio de los Doctores y Letrados que lo estuvo, cuando era de edad de doce años, disputando con ellos y concluyéndoles. Entonces estaba sentado en medio de ellos, preguntándoles y respondiéndoles con estima y admiracion de ellos, v ahora está en pie: v si responde á las preguntas que le hacen, es con escarnio y burla del que es Doctor de las gentes. Saca de aguí deseos de humillarte, y de llevar con paciencia (á imitacion de Cristo nuestro Señor) cuando fueres de otro tenido y juzgado por necio é ignorante, y á creerlo así, pues de verdad lo eres, holgándote de parecer, é imitar en algo á tu Salvador.

MEDITACION XXXVIII.

De la bofetada y remision à Caifas.

Punto primero. — Considerar que aquel Señor, de quien dijo San Juan que jamás hombre alguno habia hablado mejor que él ahora dando una mansa y blanda respuesta al Pontífice, es por un infame hombre herrdo y abofeteado.

Ponderar qué tal y tan lastimado quedaria el delicado Rostro del Señor, con el furioso golpe y con la vergüenza natural de tan grave injuria. Y aunque habian sido muchas las pofetadas, puñadas y coces, que en el pren

dimiento habian dado al Señor sus enemigos, de ninguna en particular se hace mencion en las Divinas Letras, sino de esta, por ser mas afrentosa que las demás; por habersela dado en presencia del Pontifice, y de muchos nobles y principales del Pueblo, (1 Petr. n. 12.) Sacarás de aquí compasion y dolor de haber abofeteado y herido aquel Rostro, en quien desean mirarse los Angeles del Cielo, y correte de lo que te sientes y quejas, no de que te abofeteen, que no aguardas á eso, sino de que no te honren y estimen, cuando estás delante de otros, queriendo ser en esto mayor que tu Señor, y tu Dios, que tan afrentado y menospreciado fue por tu causa.

Punto segundo. - Considerar la grande paciencia, mansedumbre, quietud y serenidad de rostro que Cristo nuestro Señor conservó en su Santísima Alma, recibiendo tal injuria, de la cual no se vengó ni de palabra, ni de obra.

Ponderar que pudiendo hacer el Señor, que bajara fuego del Cielo, ó que la tierra se abriera para que le tragara y consumiera á aquel hombre maldito, no lo hizo, sino que mostró con la obra estar aparejado para ofrecer y dar la otra mejilla si se la queria herir. Saca de aquí imitacion y ejemplo para no airarte ni enojarte por cualquiera cosa que te suceda, por grave que sea, ni á volver mal por mal, sino aprender de tu Señor á volver bien por mal, (4 Petr. 3 39), pidiéndole en

este pasa te dé en todas las ocasiones que se te ofrecieren aquella constancia de ánimo y mansedumbre que él tuvo y mostró, para que seas manso y humilde de corazon, como él io fué.

Punto tercero. — Considerar las palabras mansas que Cristo nuestro Señor dijo al que lo habia afrentado, que fueron estas: Si val hablé, muéstrame en qué, y si bien, porque me hieres y notas de descortes, pues no eres Juez, sino testigo.

Ponderar que aunque esta razon era tan concluyente, no fue admitida, ni le valió, ni se hizo caso de ella; sino antes mostraron alegria y regocijo todos los que estaban presentes, de que le hubiese undo aquella bofecada, sin que se hallase quien volviese por él, y reprendiese el descomedimiento de aquel nombre. (Joann. 18, 13:) De aquí podrás sacar conformidad con la Divina Voluntad, cuando no fueren oidas, ni admitidas tus espuestas, ni se hiciere caso de ellas, pues 10 se hizo de la que dió el Hijo de Dios, cuya propiedad fue siempre hablar bien, y por eso es ahora herido y maltratado, en castigo de as culpas que tú hiciste y cada dia haces nablando mal. Pide al Señor te dé gracia para que siempre hables bien de él, y honres á todos.

Punto cuarto. — Considerar que habiendo Cristo nuestro Señor dicho al Pontifice quién era por haberselo preguntado, siendo él, y los que con él estaban indignos de oir tal respuesta, sin poderlo sufrir, envio atade a Señor de la vida á casa de Caifas, habiéndole primero todos los que alli estaban dado á porfia de bofetadas y pescozones, (Matth. 26,

75, y 14, 26.)

Ponderar como estos crueles sayones ataron de nuevo á tu Redentor, y le doblaron las prisiones porque no se les fuese, ni alguno se le quitase, y su caridad es tal y tan grande, que gusta de ser atado con nuevos lazos y sogas por desatarte á tí y á ellos de las graves culpas que contra su Magestad has cometido. De donde sacarás deseos de sufrir tu afrenta cuando en público y en secreto fueres tenido por culpado y reo, pues de verdad lo eres, viendo que tu Señor por lo que es digno de ser glorificado, es ultrajado v baldonado.

MEDITACION XXXIX.

De la negacion de San Pedro.

Punto primero. - Considerar que habiendo huido Pedro con los demas Discípulos aquella noche de la Pasion, y volviendo en si, queriendo ver en qué paraba aquel negocio, y qué fin tenia la prision de su Maestro, le siguió, y por medio de San Juan Evangelista (que era conocido en la Casa del Pontífice) entró en ella; y siendo tenido de los que alli estaban por Discípulo suyo, le negó tres veces, jurando y perjurando que no le conocia.

Ponderar lo que atravesó el Alma del Senor el pecado y grave injuria que este Discípulo suyo le hizo, y de que el querido regalado Apóstol, y entre todos tan honrado con el principado de la Iglesia, tuviese empacho de parecer Discípulo suyo. Saca de aquí confusion y verguenza de haber negado muchas veces á tu Salvador, ya que no con palabras, á lo menos con obras, desdeñándote de la guarda de sus Santos Mandamientos, y de hacer algunas cosas de virtud, como el confesar, comulgar, ó sufrir alguna injuria. Todo esto, qué otra cosa es, sino tener verguenza de parecer Discípulo de Cristo, y negarle? Por lo cual puedes temer no te comprenda aquella sentencia y castigo del Salvador, que dice : El que se afrentare de parecer mi Discipulo delante de los hombres, el Hijo de la Virgen se afrentarà de reconocerle por suyo delante de los Santos Angeles. (Luc. 12. n. 8.)

Punto segundo. - Considerar cuán malo es durar en la ocasion y no escarmentar en la primera caida, pues á San Pedro las ocasiones de tropezar, y presumir tanto de si y de su virtud, y las malas compañías, fueron causa de su caida. Por lo cual dice Eclesiástico: El que ama el peligro, perecerá en él. (Eccl. 3, n. 4.)

Ponderar, que el que era piedra fundamental de la Iglesia, y tan favorecido del Senor, el que confesó á Jesucristo por Hijo de Dios vivo; el que se ofreció à morir por él,

á no escandalizarse ni huir, ahora se halla tan flaco y teme' tanto, que preguntado de una mozuela, si era Discípulo de Cristo, se empacha, teme, y tiembla, y le niega una, dos y tres veces. Sacarás de esta flaqueza de Pedro, cuán cerca está de caer el que mucho confia y presume de sí, y pues no eres Pedro ni piedra, sino polvo y lodo, y todo el oro y plata de tu flaca virtud está sobre pies de uerra fundado, y una chinita basta para derribarla y dar con toda la máquina en el suelo, (Dan. 2, n. 34.), no blasones, ni bravees, que no hay otra valentía ni virtud sino la que por el conocimiento humilde de sí mismo estriba en la bondad y misericordia del Señor, y así para no caer, te cumple huir la mala compañía y cualquier peligrosa accion. arrogancia y presuncion.

Punto tercero. — Considerar, que luego que Pedro negó á su Maestro, movido Cristo de compasion, y doliéndose de ver caido en tanta miseria y desventura á aquel Pastor de su ganado, y á aquella oveja perdida, que era cabeza de todos, mirándole, le ganó y

convirtió. (Luc. 22, n. 19.)

Ponderar la infinita misericordia y caridad de Cristo nuestro Señor, el cual aunque estaba rodeado de enemigos; y cargado de trabajos, se acuerda del Discípulo, y en lugar de castigarle, se compadece de él, y volviendo á él sus ojos de misericordia, alumbra con luz del Cielo los suyos ciegos, para que conozca y vea sus yerros, porque los ojos de

Dios tienen tal propiedad, que abren los nuestros, despertando los dormidos, y resucitando los muertos. Saca de aquí afectos de amar á este Señor, pues cuando tratas de ofenderle pone él tales medios y remedios para perdonarte, compadeciéndose de ti, mirándote con sus ojos de misericordia, y tocando tu corazon, y todo á fin de que sientas y llores tus culpas y pecados.

Punto cuarto. — Considerar como en alumbrando el Señor, y penetrando con aquella vista callada y amorosa aquella alma herida, y llagada, para que arrepintiéndose de su pecado, le llorase amargamente; pero comenzó luego á hacerlo, y para satisfacer mejor con la penitencia, se salió de aquella casa y Palacio, donde tan mal le habia ido. (Matt. 1,

n. 57.)

Ponderar como Pedro, por haber negado á su Señor y Maestro tres veces en una noche, lloró y se arrepintió de su pecado por toda su vida, é hizo una muy dura y aspera penitencia, aun entendiendo que Dios le habia ya perdonade todos sus pecados. De aqui puedes tú sacar deseos de hacerla de los tuyos, pues no una noche sola, sino toda tu vida, y no tres, sino innumerables veces has negado y vuelto las espaldas á Dios. Por lo cual te cumple, si quieres que te perdone, llorar y sentir muy de veras tus pecados, haciendo penitencia de ellos.

MEDITACION XI.

Trabajos de Jesus en casa de Caifas la noche de su Pasion,

Punto primero. — Considerar la respuesta ue nuestra Señor dió al Pontífice Caifas á a pregunta que le hizo, conjurándole de parte de Dios, que le dijese quién era, y como el Salvador respondiese á esta pregunta la verdad y lo que convenia á su persona, ciego el Pontífice con el resplandor de tan gran luz, pareciéndole como Juez apasionado, que habia blasfemado, así él, como todos los de su infame Consejo, condenaron al Señor á muerte, y no mirando á la gravedad de su persona, maltrataron á tu Salvador.

Ponderar la mansedumbre con que nuestro Señor sufrió estas descortesías y afrentas, y oyó aquella injusta sentencia: Reo es, y culpado, y así digno de muerte. Como en oyendo esto aquel Cordero sin mancha se ofrecia de muy buena gana á la muerte por dar la vida lá aquellos que le condenaron. Saca de aqui deseos de decir lo contrario que estos enemigos de Dios le dijeron. Es á saber, tal inocencia como la de este Señor, tal Bienhechor, tal Salvador y Maestro, digno es de la vida; tal Dios, y tal Redentor, dignísimo es de ella, y todos los que le condenan, ofenden y acusan, merecedores de muerte eterna.

Punto segundo. — Considerar como por ser muy tarde, y tiempo de recogerse el Pontífice, y los suvos, entregaron al Salvador a los soldados y guardas, para que velasen sobre el; y haciéndolo ellos así, para vencer el sueño de la noche, escarnecian y burlaban de Cristo, y cubriendo sus ojos con un trapo, perian su Divino rostro, diciéndole: Adivina quien te dio, (Matth. 14, n. 95).

Aquí puedes considerar á Cristo, nuestro Señor, lleno de tantas penas y trabajos, ultrajado y menospreciado de todos los grandes y menores : y no fue menor pena verse vendados sus Divinos ojos, para que mas á su salvo le pudiesen sus enemigos herir el rostro, entendiendo ellos que de aquella suerte no los veria; porque es propio de los grandes pecadores desear no ser vistos, para poder pecar mas libremente: pero no por eso dejaba de verlos con los ojos de su Alma v Divinidad, porque era Dios, cuyos ojos dice el Sabio, que contemplan en todo lugar al bueno y al malo, y al bien ó al mal que cada uno hace. (Prov. 15, n. 3.) De aquí sacarás, que cuando pecas, olvidándote de que Dios te mira, tú eres el ciego, y el que te engañas, tapando tus ojos con este falso y negro velo; que los de Dios, muy claros y descubiertos están sobre tí, mirando tus obras, pensamientos y palabras; y así teme de hoy mas ofender á este Señor, trayendo siempre á tu memoria aquel dicho admirable que dice: Mire que te mira Dios.

Punto tercero. — Considerar, como tras esta injuria, aquellos inhumanos corazones hicieron al Salvador otra no menor, que fue

escupirle en su Soberano Rostro, llenándole de aquellas asquerosas y hediondas salivas, que todos á porfia, como eran muchos, le echaban, dejando aquella cara, que con su hermosura alegra la Corte Soberana, grande mente afeada y oscurecida.

Ponderar, qué rostro es el afeado y escupido, como si fuera un rincon y lugar el mas vil v desechado del mundo; v hallarás que es el rostro del Dios de la Magestad, de quien dice su Profeta: Muéstranos tu rostro, y seremos salvos. (Psalm. 79, n. 10.) Es el rostro, delante de quien cubrian el suyo los Serafines de puro respeto y reverencia. (Isai, 6, n. 2). Es el rostro, del que con su Divina saliva dió vista á los Ciegos, oido á los sordos, lengua á los mudos. Es el rostro, en quien no se hartan de mirar y adorar los Angeles del Cielo. (Marc. 7 n. 34.) Sacarás de aquí afectos de compasion y dolor, sintiéndote de ver afeado y escupido el rostro de tal Señor, por tales y tan viles malvados de ver maltratado al Criador por criaturas tan bajas, permitiendo su Magestad ser afeado y manchado, para que tú quedases lavado y limpio.)

Punto cuarto. — Considerar las palabras afrentosas que hasta los pícaros de cocina de aquel Palacio decian á Cristo, á quien tambien daban de bofetadas, puñadas y coces, y le preguntaban: Adivina quién te dió. ¿ Pues dices que eres Cristo, y Profeta, quién es el que te dió esta bofetada? ¿ Quien te dió este puntapie? ¿ Quién te dió este coz? ¿ Quién te dió este puntapie? ¿ Quién te dió esta coz? ¿ Quién te dió este coz. ¿ Quién te dió este co

pescozon? Y dando risadas, y haciendo burla de él, daban á entender que le tenian por Cristo fingido, y Profeta falso.

Ponderar la paciencia invencible, y mansedumbre inestimable, y corazon amorosisimo con que sufria todo esto Dios nuestro Señor, el cual tenia mas lastima de la culpa de los que le atormentaban, que de la pena que él padecia. Saca de aquí afectos y deseos de padecer algo por este Señor, que tanto padece por tí, amando de todo corazon al que tales y tan grandes muestras de amor te dió, juntando con la continua accion de gracias, continuos servicios por ellas.

MEDITACION XLI.

De las preguntas de Bilato à Cristo Nuestro Señor.

Punto primero. — Considerar cuán deseada tenian la mañana, así Jesucristo, como sus enemigos, pero con muy diferentes tines: el Señor, para padecer y morir; y ellos, para ejecutar su dañada intencion, que era de quitarle la vida: y en amaneciendo se volvieron á juntar el Pontífice Caifas y su concilio, y llamando á Jesus segunda vez: le preguntó; ¿Eres Cristo Hijo de Dios? (Matth. 2, n. 1.) Pero el Señor no le dió respuesta á propósito de lo que deseaba saber.

Ponderar lo que te conviene á tí hacer esta pregunta al Señor, pero con diferente voluntad, y deseo del que tuvieron sus contrarios, y decirle: Señor mio, ni sois Cristo, si sois el

Mesias prometido, si sois el Hijo de Dios vivo, y resplandor de la gloria del Eterno Padre, como es verdad que lo sois; ¿ cómo está vuestro Divino rostro tan desfigurado? ¿Cómo tan afeado con salivas? ¿Como tan cardeno con bosetadas? Y sacando de aquí afectos de ternura y compasion, acaba de conocer que tus pecados son la causa de haber parado á tu Cristo y tu Señor de la manera que le ves, y su mucha caridad da testimonio de que es Hijo de Dios vivo, pues otro que él no pudiera sufrir tantos tormentos por pecados que no hizo, y adorándole de todo tu corazon, di, Vos Señor, sois mi Cristo y mi Dios, mi Salvador y Redentor, y el que treinta y tres años habia que teniades tantas ganas de ver por vuestra casa este dia de trabajos y penas, para librarme á mí de las eternas.

Punto segundo. — Considerar como en oyendo el Pontífice la respuesta que el Señor dió despues á su pregunta, siendo él y todos los que con él estaban indignos de oir lo que no merecian, le trataron como á un esclavo. Y por parecerles que era muy poca la pena que ellos podian dar al Señor, le relajaron al brazo seglar del presidente Pilato, para que le ajusticiase y atormentase mas cruelmente. (Matth. 10, n. 1.)

Ponderar la providencia y Sabiduría de Dios nuestro Señor, pues quiso que Judíos y Gentiles, concurriesen y se juntasen á dar la muerte al que moria, para dar salud á todos, pues su muerte es nuestra vida, y su conde-

nacion nuestra salvacion. Sacarás de aqui compasion y lástima de ver á tu Señor, y a tu Dios aborrecido de todos, así de los de su nacion, como de los que no lo eran. Y duélete que muchos de los Cristianos hagan otro tanto con sus pecados; y si esto hacen los que tienen obligacion de servirle y honrarle, qué maravilla es que los Moros y Gentiles, que no le conocen, le ofendan?

Punto tercero. — Considerar la presentacion y acusacion de Cristo ante Pilato, como si fuera un malehchor y alborotador, siendo tenido por hombre que prohibia se diese el tributo al Cesar haciéndose el Mesias prometido de Dios. (*Luc.* 1, n. 2.)

Ponderar como en todas estas acusaciones v calumnias no habló Cristo nuestro Señor palabra para su defensa, descubriendo en esto su gran mansedumbre, y paciencia, y mostrando por la obra, cuán vehemente era el deseo que tenia de morir por nuestra salud, pues no quiso con sus palabras dilatar un punto la muerte que ellos le deseaban dar. De aquí podrás sacar, que la mas fuerte arma para resistir á tus enemigos en medio de los torbellinos y persecuciones, es la confianza en Dios, como la tuvo este Señor, cuvo nombre fue admirable, y pues no solamente lo fue en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos; admirable en su mansedumbre; admirable en su paciencia y sufrimiento; admirable en su silencio, dándote á tí ejemplo cómo has de saber callar, y no escusarte cuando te reprehendieren de sus falas y pecados aunque no te halles culpado.

Punto cuarto. — Considerar, como habiendo oido Pilato todas estas acusaciones, se entró con Cristo en la sala del Tribunal, para examinarle y preguntarle de todos lo espuesto. Y habiendo oido todas las Divinas respuestas de la boca de Dios, en quien jamás se halló doblez ni engaño, viendo su verdad y entereza juzgó que era hombre inocente. (Joan 18, n. 3.)

Ponderar el deseo que tendria Cristo nuestro Señor, de que este miserable Juez abriera los ojos de su alma, para que le entrara en ella el rayo de su Divina Luz. (I Petr. 2, n. 22.) Pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseos de saber la verdad, no esperó la respuesta, porque no mereció oirla de la boca del verdadero Dios. (Joan. 18, n. 36.) Saca de aquí deseos de saber la verdad, y de que Dios, como Padre y Autor de ella, te la enseñe, crevendo que es Verdad su Vida, verdad sus Milagros, verdad sus Sacramentos, verdad todo lo que enseñó y predicó. Y pues esta es la pura verdad, aunque te cueste la vida en defensa de ella, como á tu Dios le costó la suya, huélgate de perderla, que no sería perderla, sino ganarla.

MEDITACION XLII.

De la presentacion de Cristo Nuestro Señor ante el rey Herodes.

Punto primero. — Considerar como enten-

diendo Pilato que el Salvador era natural de Galiléa, y de la jurisdiccion de Herodes, que aquellos dias habia venido à Jerusalen à celebrar la fiesta del Cordero, enviósele para que fuese Juez, y conociese de la causa de aquel preso, que él tenia por súbdito suyo [Luc. 25, n. 7.)

Ponderar el trabajo é igno mnia que nuestro Señor padeció desde la casa de Pilato, hasta el Palacio del Rey Herodes, y llevándole aquellos crueles enemigos con gran estruendo y ruido, por medio de las plazas y calles de Jerusalen, para que todos le viesen, y notasen de culpado y malo. Sacarás de aquí compasion de ver al Hijo de Dios ser traido por tantos Tribunales y Jueces, uno peor que otro, queriéndolo así su Magestad, para tener materia harta en que mostrar su mucha paciencia, humildad y sufrimiento, dandote ejemplo, pará que le sepas imitar y seguir en estas virtudez.

Punto segundo. — Considerar lo mucho que se alegró el Rey Herodes cuando vió a Salvador, porque habia oido decir de él grandes cosas de las maravillas que obraba y milagros que hacia, y así deseaba que delante de él hiciese alguno.

Ponderar que por no huir Cristo su muerte mel tormento, no quiso hacer delante de He odes milagro ninguno, por entender le movia, no el deseo de la salud espiritual, sino e. gusto y vana curiosidad: ni tampoco quiso este Señor hablar palabra alguna en defensa